



IL CORTILE DI ANGUILLARA

PEDRO CANO

Agradeciéndole los servicios prestados



Venancio Iglesias Martín

EN su juventud, justo en ese momento de los absolutos y las grandes decisiones, tuvo la desgracia de tropezar con un mal libro. ¡Cuántos jóvenes se pierden de esa manera! Mal consejero Ortega para los jóvenes. De él, como un imperativo categórico, aprendió que había que controlar los impulsos y desarrollar la virtud del noble: el servicio.

—La mejor manera de servir a los demás —pensó—, será alcanzar una alta capacitación inte-

lectual y ayudar al hombre en la tarea de hacerse noble, a través de la educación. Por eso ingresó en la Universidad decidido a alcanzar una formación superior. ¡Fue allí donde tuvo la temprana intuición de que un centro educativo podía ser cualquier cosa menos educativo? Allí todo parecía contradecir el verdadero conocimiento y encallecer las fibras delicadas de la sensibilidad. Ciertamente que no había ciencia en el sentido fuerte y que, lo que se daba como tal, era un auténtico

tósigo. Cierto que allí tampoco había arte y que, en su ausencia, la historia del arte cumplía paradójicamente la tarea de atrofiar toda estética. No había música; ni buena ni mala.

A pesar de todo no sucumbió a estas limitaciones, porque había decidido darse a sí mismo una educación superior orientada al servicio de los demás. Así pues, desorientado, embauló conocimientos sin unidad ni sistema y, peor aún, sin la convicción de que formaran su inteligencia en lugar de deformarla.

Devoró una biblioteca y gastó sus ojos en una enfebrecida vigilia intelectual. Pasaron los llamados años de formación y no desmayó cuando le dieron su título universitario que le pareció más bien un certificado de defunción universitaria que garantía escrita de alguna riqueza intelectual.

Como a andar se aprende andando, decidió incorporarse a un centro de educación de nivel medio. Para ingresar en él tenía que preparar una dura oposición. Algún sentido práctico que le quedaba debió surgir entonces, porque se dedicó con ahínco a ordenar sus conocimientos. Descubrió entonces lo inseguro que es el edificio de la ciencia sin maestros y la dificultad de ir cimentándola al mismo tiempo que se va construyendo. Nunca llegaría a entender cómo había logrado él solo, levantarlo, hacerlo habitable y embellecerlo. Se había tomado tan en serio la ciencia y el trabajo subsiguiente, que concibió la oposición menos como un campo de batalla que como una oferta personal gratuita a la bolsa enjuta de una juventud sin perspectivas. Con esa idea escribió una memoria pedagógica de quinientas páginas que, por otro lado, nadie leería pero en la que creó su propia teoría de la educación. Entonces vio con asombro que por la puerta falsa se colaba en los establecimientos educativos, toda clase de perillanes y supuso que el azar jugaba una baza importante en la educación. Después hubo de pasar por la humillación de recibir un número de registro personal. Ya era funcionario. Miserias las hay en todas partes y la tarea que se presentaba ante sus ojos parecía que iba a compensarle de sus esfuerzos.

A partir de ahora había que dedicarse en cuerpo y alma a la noble tarea del servicio. Todo sea por amor al servicio. Ahora, había que proteger-

se contra el peligro de caer en la rutina del «servicio del funcionario».

En ese mismo momento en que recibió su título como catedrático, se dio cuenta de lo poco que sabía y, peor aún, lo inútiles que, en aquel trabajo, eran conocimientos alcanzados a tan alto precio. Con muchas dudas y remordimientos, hizo una renuncia heroica. Olvidó la belleza del saber puro y empezó a mirar sus ideas desde la perspectiva de la educación, como objetos transmisibles. Más aún; su disciplina le llevó a considerar solamente aquellas que fueran fecundas y a trabajarlas para hacerlas asequibles. Lo más difícil fue lograr que los conocimientos no se trivializaran, pues el camino del conocimiento no es un juego sino una dificultosa aunque apasionante aventura. Dos decepciones le llevaron a una crisis que pudo acabar con él. Le sostuvo quizá el libro aquel de sus juventud. Y fueron éstas:

1.— El descubrimiento de que la adolescencia y la infancia eran palabras que no escondían nada detrás. En efecto, lo único que constató era que existían adolescentes concretos que en nada se parecían unos a otros. Enseguida se dio cuenta de la inutilidad de aquella su memoria pedagógica. Los conocimientos generales sobre los adolescentes se estrellaban en la infinitud opaca de los muchachos en estado de cambio. Un alumno ya es una tarea inagotable e incierta...

2.— ...Pero el número de cuarenta alumnos por clase estuvo a punto de hacerle desistir.

Otro menos vigoroso hubiera abandonado, pero él no. Se acercó a algunos de sus alumnos, unos pocos, los que no habían salido de su infancia definitivamente castrados por una escuela aberrante. La inteligencia de esos muchachos y el desarrollo paralelo de su sensibilidad requería una preparación intelectual constante. El tiempo que le quedaba libre lo dedicaba a la soledad del estudio.

Alguna vez hubo de rechazar amablemente las insinuaciones de compañeros más viejos: —No te tomes el trabajo muy en serio... para lo que nos pagan... —le decían—. La misma institución le sugirió sistemas y trucos para hacer más fácil su tarea como disculpándose: —Te pagamos poco —parecía decir—, pero tu trabajo es fácil... Hay métodos eficaces... Además

tienes muchas vacaciones. —No hay método —se defendía él—, en educación, el único método es el de la infección, el contagio de una pasión—.

Aprendió a ser paciente, a mirar con escepticismo su trabajo, sin ninguna esperanza de alcanzar resultados. El arte así lo requería. Un moderado escepticismo daba a su labor cierto tono melancólico. Con el tiempo se dio cuenta de que muchas ideas tienen una espoleta de efecto retardado y manifiestan su potencia mucho más tarde, cuando el alumno, como es justo, ha olvidado su origen y también a quien se las transmitió. Pronto comprendió que su sueldo, era más un sarcasmo que una retribución y notó también, que la sociedad empezaba a menospreciarle en proporción directa a la miseria económica de su profesión paramedicante. Nada le afectó. Continuó trabajando, sirviendo, «ennobleciéndose». De esa manera con mucha paciencia y mucho tiempo, sin ponerse metas lejanas sino metas muy próximas, aprendió a enderezar torceduras del alma, oficio que le pareció de traumatólogo.

Aprendió a curar las heridas, procurando que no dejaran cicatrices, comprobando así la grandeza de la medicina. Aprendió cirugía para extirpar tumores, ya en la inteligencia, ya en la sensibilidad de sus jóvenes amigos. Todo ello respetando la libertad y la intimidad de sus alumnos. Este era,

por fin, el arte del maestro, arte que había conseguido por tanteos y con dolorosos errores.

Por este duro camino llegó a alcanzar una altura desde la que podía contemplarse con orgullo: —Hasta aquí he llegado. Ahora soy noble. Ahora poseo conocimientos suficientes. Hoy puedo comprender mi propia heroicidad en esta profesión. Es fácil encontrar la palabra que alivia y orienta. Es fácil comunicarla con un brillo en los ojos o con un gesto de desasosiego o de desencanto o de pasión... Ahora conozco todo lo que debería haber conocido cuando empecé, —resumió no sin tristeza—. Pensaba esto cuando terminaba de hacer las muecas al espejo paciente y claro en el que se estaba afeitando. Con la navaja en alto, vio su frente ensombrecida por los surcos estériles de las arrugas. Su pelo se había caído o había anubascado sus sienas. ...Y el dolor en aquella pierna. ¿Cuándo apareció el reuma? Limpió su navaja en el chorro de agua fresca y se limpió los últimos restos de jabón de sus mejillas con un puñado de su propia vida. Se perfumó discretamente. Ante la mirada irónica del otro del espejo, se encogió de hombros mientras se ajustaba el nudo de la corbata. Se disponía a salir, cuando se detuvo para comprobar que llevaba en su cartera el D.N.I. Quizá hubiera que rellenar alguna formalidad. Era el día de su jubilación.